

## **REPORTANDO EL DOLOR: EL RIESGO DE LA EMOCIÓN EN LA INFORMACIÓN♦**

***Maria Madalena da Costa Oliveira***

*Resumen:*

El 11 de septiembre en los Estados Unidos y el 11 de marzo en España son dos grandes ejemplos de cómo los medios de comunicación, particularmente los medios de comunicación periodísticos, transforman noticias en un espectáculo permanente. Debido al ímpetu de la información, los periodistas apelan a nuestro emocional, intentan hacernos compasivos con el dolor de los otros. Deciden lo que debemos sentir. La información sobre guerras y especialmente sobre terrorismo toca el público, pero tiene también algunos riesgos. Lo primero es el riesgo de convertir el periodismo independiente en el periodismo de adherencia. Otro es el abuso de la libertad de la expresión.

*Abstract:*

September 11 in the United States and March 11 in Spain are two great examples of how mass media, particularly journalistic mass media, transform news in a permanent spectacle. Because of the impetuosity of information, journalists appeal to our emotional, try to make us compassionate with the pain of others. They decide what we should feel. The information about wars and especially about terrorism touches the public, but it has also some risks. The first one is the risk of converting independent journalism into adherence journalism. Another one is the abuse of liberty of expression.

### **1. Del *pathos* de la información a la sociedad del espectáculo**

Las transformaciones en el mundo de la comunicación en el último siglo, es decir, las transformaciones en la tecnología nos han hecho pensar que vivimos en un mundo adonde todo es posible de saber y conocer. La ilusión de que los ordenadores pueden tratar la información cómo si fuera solamente una cuestión de impulsos eléctricos convirtió todo en un simulacro de instantaneidad. Una especie de dictadura de lo que hace noticia en última hora nos transformó en seres insensibles a la memoria de una comunidad y a su historia. Lo que importa es lo que está aconteciendo. Sobretodo porque lo que importa es sentir, y para sentir es necesario vivir las cosas en su momento.

Esto imperativo de tiempo cambió toda la nuestra forma de mirar el mundo. No hay más tiempo para reflexionar. El tiempo de la lectura y de la escrita no condice más con el tiempo del acontecimiento, por tanto, el tiempo de las imágenes. Hay en la verdad una disfunción de espacio y de tiempo que deforma la realidad, precipitándola en un abismo muy próximo de la desinformación. El autor francés Guy Debord ha previsto muy bien esto precipicio en una sociedad del espectáculo. «El espectáculo», dice Debord, «constituí el modelo de la vida socialmente dominante» (Debord, *La Société du Spectacle*, Paris, Éditions Gallimard, 1992, p. 17). «El espectáculo», prosigue el autor, «es la afirmación de la apariencia y la afirmación de toda la vida humana, es decir social, como simples apariencia» (p.19).

La idea central en esta tesis es que en el proceso informativo no está más, o por lo menos no tiene en su epicentro, una preocupación con el *logos* o con el *ethos*. No importan más las dimensiones del conocimiento o de la ética, solamente el *pathos*, la pasión de la vida. Es la confirmación de la amenaza tecnológica, de la tentación del inmediato, de la vida en directo. ¿Qué importa más en los servicios informativos de la televisión? Solamente la información que tiene imágenes y que permite a los periodistas hacer directos del espacio del acontecimiento. ¿Por qué es que la Internet ha conocido un suceso tan grande? Porque permite a sus usuarios acceder a todo, o casi todo, como si fuera posible estar aquí y más allá al mismo tiempo, como si toda la realidad fuera accesible a partir de la virtualidad de los medios informáticos.

Esta es, de hecho, la ilusión de nuestro tiempo: la ilusión de la totalidad, cuando la verdad es que el mundo no es aprensible como una totalidad. Aún que lo piensen los periodistas y todos los profesionales de la información, la totalidad de nuestra vida no cabe en el discurso mediático. No se puede decir todo, porque ni todo es del dominio del decible. Hay mucha vida para allá de la narración de las noticias. El problema de las sociedades modernas es que vivimos en la superficie de las cosas, como si toda la esencia de la vida estíbase en la epidermis de esta nueva piel de nuestra cultura, que es la piel tecnológica. La misma piel con qué experimentamos las sensaciones de nuestra comunidad. La misma piel con qué nos horrorizamos o bien con qué nos excitamos con los otros, con sus vidas, con sus alegrías o con su dolor.

La promesa del progreso está terminando en la maquinación de nuestros sentidos. Derrick de Kerckhove, probablemente el seguidor más fiel de MacLuhan,

---

♦ Grupo de Trabajo numero 9: El tratamiento informativo del dolor.

aboga, en su libro *La piel de la cultura* que estamos a tornarnos *cyborgs* y que «a la medida que cada tecnología extiende una de nuestras facultades y transcende nuestras limitaciones físicas, deseamos adquirir las mejores extensiones de nuestro cuerpo» (Kerckhove, *A pele da cultura*, Lisboa, Relógio d'Água, 1997, p. 31-32). Por consiguiente, este deseo de extender nuestros sentidos combina casi perfectamente con el imperativo de sentir más como forma de «empezar a estar preparado para una mejor comprensión del mundo en lo cual estamos a entrar» (p. 128). Estar en común con los otros es cada vez más sentir con los otros, como si la plenitud de la comunicación fuera una posibilidad y si la concretización de esta posibilidad fuera la fusión con los otros. Los medios de comunicación informativos son el exponente máximo de esta tendencia, una vez que nos prometen toda la información, haciéndonos creer que podemos ser espectadores privilegiados de toda la vida que pasa<sup>1</sup>. El mito de la libertad de expresión y del poder de los medios tecnológicos al alcance de todos los ciudadanos del mundo desarrollado está en la base de este simulacro creado por los nuevos medios electrónicos. Accediendo a nuestros ambientes íntimos, estos medios efectúan, de acuerdo con Derrick de Kerckhove, «una especie de mediación social en una única y continua extensión de nuestros poderes personales de imaginación, concentración y acción. Funcionan largamente como una segunda mente...» (p. 274)

El horror o el éxtasis transmitido por los medios de comunicación es, con efecto, el resultado de esta mediación social promovida entre la realidad y nuestra capacidad de imaginación y de emoción; es la consecuencia del contacto entre nuestra mente y los hechos que despiertan en nosotros nuestras más profundas sensaciones, sean ellas de pánico, de alegría, de terror o de entusiasmo. El poder de las máquinas electrónicas tiene aparentemente esta virtud: la de promover nuestra afección al mundo, porque mediando nuestra relación con el mundo, activan nuestros sentidos, estimulan nuestra piel para que adhiramos al mundo y a las cosas con el objetivo de encontrar ubicación en la aldea global que MacLuhan nos ha prometido, es decir, de asumir el papel de vecino de nuestros semejantes, que son en la realidad, tan diferentes.

---

<sup>1</sup> Es curioso que una Radio portuguesa, la TSF que es probablemente la más importante en el país en términos informativos, tiene como un de sus *slogans* promocionales la expresión “Todo lo que se pasa pasa en la TSF” (“Tudo o que se passa passa na TSF”), como si fuera posible poner toda la vida en el tiempo de una cualquier estación de radio o de televisión.

## **2. Reportando el dolor y los límites de la libertad de expresión**

Los periodistas tienen, en las sociedades contemporáneas, dos principales papeles: por un lado, esperase que sean los guardas de la democracia. Por otro, esperase que ellos expresen lo que el público siente sobre los asuntos nacionales. Si, en la primera tarea, los medios de comunicación se asemejan a motores de acción, promoviendo el ejercicio de la ciudadanía, en la segunda ocupación, los medios demuestran ser simplemente engranajes de reacción. Las teorías del *agenda-setting* ganan cada vez más sentido, no solamente porque los *media* dictan los asuntos que deberán estar en las agendas del público, pero porque los *media* imponen también lo que el público tiene que sentir. Dicho de otro modo, los medios de comunicación incitan al público a reaccionar, a responder a un mundo de provocaciones. El hombre es como una máquina: expuesta a determinadas circunstancias produce un determinado efecto. Expuesto a determinadas imágenes y determinados hechos, el hombre también produce en sí mismo un determinado efecto, una reacción que puede ir desde la indiferencia hasta la indignación o desde el contentamiento hasta el éxtasis colectivo. Activar esta emoción pública es, de hecho, una tarea que los periodistas desarrollan con una persistencia especial. El 11 de septiembre en los Estados Unidos y el 11 de marzo en España son dos grandes ejemplos de esta tenacidad. Podríamos hablar aún de las guerras en Afganistán o en Irak. Mucho más que el fútbol o otros eventos que despiertan emociones positivas, las situaciones de crisis son las que más reúnen a las personas. Porque en la audiencia es como en la vida: es más fácil compartir el dolor que la alegría de los otros.

Estos acontecimientos son también por eso ejemplos de cómo los medios de comunicación, particularmente los medios de comunicación periodísticos, transforman las noticias en un espectáculo permanente. El imperativo económico de ganar audiencia impone a los periodistas estrategias de concentración de la atención del público. Aún que sea maquiavélico pensarlo, la verdad es que tenemos que admitir que el desastre atrae al público. Los periodistas saben bien cómo el público sigue atentamente el desarrollo de las investigaciones de crímenes. Cuanto más se describe el horror de los hechos, más las personas tienden a procurar más y más información. Mucho más que un deseo de verdad, lo que comanda al público es un deseo de sentir, de vibrar, para así tener el pulso de la vida entre manos. Hay por tanto en las noticias un apelo a lo que de más emocional tenemos para experimentar la realidad.

Los atentados en Madrid, en 11 de marzo de este año, son, como fuera el ataque terrorista en los Estados Unidos, la expresión de esto tiempo que vivimos: el tiempo de la transformación de un dolor particular en un dolor colectivo. La proximidad de Portugal y España ha hecho con que de repente los dos pueblos se sintiesen hermanos en el dolor, aún que históricamente algunas rivalidades han siempre hecho con que los dos países viviesen de espaldas volvidas. Los medios de comunicación portugueses, probablemente como los de otros países europeos, dedicaran muchas horas de emisión (televisiva y radiofónica) y muchas páginas de periódicos al atentado. Muchos tienen aún hoy en sus páginas en Internet pastas disponibles con informaciones de esos días. Particularmente atentos a España por causa de las elecciones de 14 de marzo, los periodistas portugueses estuvieron en el palco de los acontecimientos en directo desde el inicio de las explosiones. Los portugueses acordaron en el día 11 para una pesadilla que amenazaba acercarse de Portugal.

El terror expreso en las palabras y innegable por la violencia de las imágenes juntó el público portugués en un sentimiento de repudio para con los terroristas. La fuerza de expresiones como “atentado terrorista”, “barbarie”, “masacre” o simplemente el título “11-M” repetidas innumeradas veces ha sido suficiente para chocar todo el país. Una empresa portuguesa de audiometría indicaba en lo final de marzo que, entre el día 11 e el día 22 del mes, los cuatro canales de televisión en señal abierto en Portugal habían emitido 344 noticias relacionadas con los atentados de Madrid, con una duración de casi 14 horas. Además, todos los periódicos dedicaron por lo menos durante cuatro o cinco días seguidos la primera página a los atentados. Con o sin manipulación, las imágenes de víctimas circularon en los medios portugueses<sup>2</sup>. Con más o menos rigor, el número de las víctimas contribuyó durante varios días para la tormenta y el desasosiego nacional: “Atentados de Madrid: murió la víctima número 200”<sup>3</sup> o “Bebé de siete meses es la 199ª víctima mortal”<sup>4</sup>. Aparentemente fríos y objetivos, estos títulos expresan en la verdad un poco más que números<sup>5</sup>. Ellos son la expresión de la dimensión del horror.

Para la Defensora del Lector del “Diário de Notícias”, «como casi siempre acontece en la cobertura de acontecimientos de grande dramatismo, el atentado

<sup>2</sup> También en Portugal los reportajes sobre el dolor español culminaron en manifestaciones de pesar. En el día 12, por ejemplo, más de mil manifestantes concentrarán se en frente a la Embajada de España en Lisboa. En lo mismo día, el país cumplió luto nacional por las víctimas de las explosiones.

<sup>3</sup> “Público” (periódico portugués) de 12 de marzo de 2004.

<sup>4</sup> “Público” (periódico portugués) de 13 de marzo de 2004.

<sup>5</sup> Días más tarde, el gobierno español corrigió los números presentados.

proporcionó excelentes reportajes escritos y audiovisuales»<sup>6</sup>. La defensora reconoció un ton dramático, pero contenido, en el relato de los periodistas portugueses. Sin embargo, reconoció también que hace falta más auto-crítica entre los profesionales de la información. Esta es también nuestra línea de pensamiento, en la medida en que es necesario que los periodistas tengan en cuenta los riesgos de un periodismo de proximidad y de afección.

No hay dudas de que la producción de información sobre dolor es una manera de acercar los periodistas de su público. La información sobre guerras y especialmente sobre terrorismo toca el público, llama por su atención. No obstante, hay riesgos serios para la credibilidad del periodismo. Lo primero es el riesgo de convertir el periodismo independiente en el periodismo de adherencia. La tendencia a ser solidario hace con qué los periodistas percan el sentido de la objetividad y la autonomía. Para muchos profesionales y algunos académicos es cierto que el periodista es humano y que por tanto también se puede emocionar, pero eso no puede comprometer el imperativo de reportar objetivamente y independientemente de las fuerzas políticas o económicas involucradas en los acontecimientos. La transparencia de la información tiene que permanecer como un de los ideales del oficio. Otro riesgo es el abuso de la libertad de la expresión. Por veces, para no decir siempre, reportar sobre el dolor se convierte en una actividad muy provechosa. El dolor reúne las personas. Sería lo mismo decir que el reportaje sobre el dolor reúne los lectores y los espectadores de la televisión. El resultado es la mayoría de las veces la confusión entre información y sensacionalismo, porque los periodistas desarrollan con frecuencia un esfuerzo exagerado para tornar la información interesante. Lo que realmente importa es envolver los individuos en la emoción colectiva de las noticias. Por esa razón, la relación entre los medios e las sociedades es actualmente problemática, sobretodo porque como lo recordó Juan Luis Cébrian, aterrorizar toda la sociedad es el objetivo primero de los grupos de terroristas o de los comandantes de fuerzas militares. Los promotores de situaciones de crisis intentan, en la verdad, contagiar todos con el miedo y la desgracia que atinge apenas algunos. Por eso, el riesgo de los medios embarcaren en esta ola de provocación de sentimientos en el público es el riesgo de la sociedad mediática ser «aliada principal y víctima preferente del terrorismo moderno, pues de lo que éste trata es de someter a la opinión pública a la dictadura del terror, la desconfianza y el miedo» (Cébrian,

---

<sup>6</sup> Estrela Serrano, ex-defensora del Lector del periódico portugués “Diário de Notícias”, en su columna de 22 de marzo, publicada con el título “Sinais de um tempo novo”.

*Terrorismo en el Pozo*, El País, 12 de marzo de 2004). En este mismo texto, Cébrian también llama los periodistas a una reflexión sobre sus responsabilidades.

También es esto nuestro propósito: proponer un imperativo de reflexión entre los periodistas que tienen que lidiar con el dolor, que, aún que sea un asunto privado, tiene por veces “interese público”. Es seguro que reportar sobre asuntos que apelan a sentimientos emotivos tiene casi siempre como consecuencia un debate en torno de los conceptos de ética y deontología. ¿Cuales son los límites de la misión de informar? ¿Cuanto deben los periodistas involucrarse en aquello que están reportando? ¿Deben los periodistas disculparse cuando no realizan bien su trabajo? La verdad es que los ciudadanos reconocen en los periodistas un papel mucho importante. La información es, por tanto, fundada en la presuposición de un poder aparentemente exclusivo de los periodistas: el poder de mirar el mundo y decir sobre él lo que todos deberían saber, incluido el dolor colectivo, como lo que hemos visto en el 11 de marzo.

Lidiando especialmente con los derechos individuales, la información sobre el dolor (individual o colectivo) merece una atención particular de los periodistas. De hecho, los abusos causados a los individuos, afectando sus derechos de personalidad, son los más sensibles. La intrusión en la vida de alguien o en la vida emocional de alguien, sendo más concreto, es considerado un de los más repugnantes abusos éticos. Tirar ventajas del dolor individual no es leal y los periodistas lo hacen muchas veces.

Por tanto, hablar del tratamiento informativo del dolor impone una visión crítica de la actividad de los periodistas. El respeto por los derechos individuales y las expectativas de la esfera pública parecen ser dos asuntos incompatibles que tracen para la luce del día la fragilidad del periodismo. Frecuentemente la manera pela cual los periodistas lidian con el dolor de los otros es un tópico de crítica. Las columnas de los defensores del lector y artículos indiferenciados sobre la performance de los medios de comunicación indican variados problemas que los periodistas tienden a crear: la falta de distancia, la confusión entre lo qué es información esencial y lo qué es información accesoria, la falta de respeto por la intimidad de los individuos y por su derecho de protección de imagen, la predisposición para espectacularizar, el apoyo en testimonios personales y los excesos en el uso de la libertad de expresión.

### **3. El inevitable principio de imputabilidad**

Especialmente vigilantes por deber de oficio, los periodistas son la clase más crítica de la sociedad. De ellos esperase que cumplan el mandato de representación de

los ciudadanos ante los hombres del poder, que es también un mandato para decir a todos lo que está pasando en el mundo, buscando las explicaciones para los hechos. Los periodistas asumen en la realidad un poder de control, es decir, ellos ejercen un contrapoder. Aún que los ideales que nortean esta función del periodismo sean aparentemente adyuvantes de la democracia, la verdad es que su poder para observar los poderes republicanos le dio una tremenda arrogancia de la actitud. Además, los periodistas han pensado siempre que serían el único grupo inmune de la crítica. Sin embargo no lo son. Los ciudadanos pueden cuestionar los periodistas y pedirles que respondan por sus actitudes. Los ciudadanos tienen el derecho de juzgar la cualidad del periodismo e del comportamiento de los periodistas. En vez de demandar solamente para el escrutinio de los agentes, los periodistas deberían, como agentes sociales también, explicar el proceso de la construcción de la información y justificar sus propias opciones. Ésta es la opinión de Marc-François Bernier, investigador canadiense que propone un principio de imputabilidad para la actividad del periodismo.

Siguiendo por la misma trayectoria, McQuail aclara que la responsabilidad es debida a algunos demandantes potenciales: "ésos a quién existe un deber legal o contractual; ésos a quién una promesa se ha hecho; ésos afectados por una publicación; ésos con poder de actuar en respuesta a la publicación " (McQuail, "*Accountability of Media to Society*" – in *European Journal of Communication* – Vol 12, Number 4, June, 2003, London, SAGE Publications, p.519). Imputabilidad o escrutinio, lo que importa es que el periodismo es cada vez más sometido a la observación y vigilancia pública. La auto-regulación es un imperativo. El hecho es que el escrutinio del periodismo tiene dos objetivos esenciales: por un lado, prevenir o limitar los danos que los media causan, por ejemplo, cuando publican trabajos sobre el sufrimiento humano; por otro, promover resultados positivos para la sociedad. La exposición pública de los procedimientos periodísticos tiene, con efecto, el ventaja de crear condiciones al público para evaluar el desempeño de los periodistas. Sin esto conocimiento, el público no está en condiciones de calcular la lealtad de sus representantes. Para Marc-François Bernier, «la imputabilidad profesional es un elemento clave del proceso de legitimación» del periodismo (Bernier, *Les Planqués – Le journalisme victime des journalistes* – Québec, VLB Éditeur, 1995, p.55)

Cuando la información lidia con el dolor humano, debido a muertes, enfermedades, hambre, ataques terroristas o alguna cosa parecida, los principios deontológicos del oficio tienen que ser cuidadosamente seguidos. Cualquier falla puede



causar danos irreversibles en la memoria pública y particularmente en el normal curso de la vida personal. No obstante, un de los riesgos más graves es, sin duda, el descrédito, la desacreditación del periodismo mientras función social de servicio público. La banalización de la actividad de los profesionales de la información es un riesgo muy peligroso para la democracia. Sin medios de comunicación creíbles, rigurosos, la democracia es una realidad verdaderamente comprometida, porque de ellos depende la capacidad de los ciudadanos para intervenir en la causa pública, ejerciendo su soberanía.

La habilidad que, en el inicio del siglo XX, Karl Kraus reconocía a la prensa, de transformar «emociones y pasiones moderadas en histeria y folia, (...) el orgullo nacional en delirio nacionalista e en xenofobia y (...) el miedo en pánico» (Bouveresse, *Schmuck ou le triomphe du journalisme*, Paris, Éditions du Seuil, 2001, p.51) impone la más severa atención para con la práctica periodística. El 11 de marzo fue, principalmente en España, pero también en Portugal y en todo el mundo, un acontecimiento extraordinario que apeló a la solidaridad colectiva. Incluso los periodistas han sentido esto especie de patriotismo para defender las víctimas del horror del ataque. Pero del esfuerzo de solidaridad para la exposición exagerada de las víctimas y sus familiares está solamente un paso. Y esto paso es también una frontera entre lo que es comprensible y esencial y lo que no es razonable. Es cierto que por veces los periodistas tientan minimizar los efectos de su trabajo obsesivo manipulando fotografías, por ejemplo, como ha acontecido en las primeras páginas de muchos periódicos de 12 de marzo. Sin embargo, la desmitificación de estas manipulaciones no basta para garantizar la transparencia de la información.

Nuestra propuesta está muy próxima de aquella que Marc-Francois Bernier defiende: es necesario hacer un análisis permanente a la manera por la cual los periodistas operan diariamente. Hay un imperativo de crítica y de auto-crítica que no es más posible de refutar. La actividad de los defensores de los lectores es un principio que cambió la manera como los periodistas se miran al espejo. Desde que han empezado su actividad, los defensores, internacionalmente conocidos como *ombudsmen*, obligaran los periodistas a una exposición sin equivalente. Antes eran solamente los intelectuales que, en textos más literarios que periodísticos, criticaban el papel de la prensa; hoy son muchos los que escriben y se manifiestan contra la perversidad de los efectos de los medios de comunicación. Son cada vez más frecuentes las columnas y artículos de opinión sobre la función social del periodismo y de los periodistas. Los weblogs son la

grande novedad en este dominio, porque permiten a los periodistas y críticos nuevos espacios para producir comentarios, análisis y reflexiones sobre los *mass media*.

El tratamiento informativo del dolor no escapa a esto imperativo de denuncia de los abusos de la prensa. De acuerdo con Bernier, «es preciso descubrir y denunciar los casos de derrapases diarios por muchas razones: 1) evitar que ellos se afonden en el olvido; 2) permitir al público medios de los detectar para lo futuro; 3) hacer de manera a que ellos sean cada vez menos numerosas; 4) proteger el periodismo y la legitimidad que le confiere el público contra ciertas prácticas periodísticas» (Bernier, 1995: 89). Acontecimientos de tan grande dimensión, como fue el 11 de marzo, exigen que los ciudadanos no sean tan pasivos, siendo importante que aprendan a leer las noticias, que identifiquen en ellas la subversión que los periodistas emprenden o la parcialidad a que sujetan los hechos por también ellos se conmovieren con las crueldades de la realidad. Probablemente más parcial que cualquier otro, el tratamiento informativo del dolor es comprensiblemente lo más difícil para los periodistas y por eso lo más propicio a distorsiones. Por otro lado, la información de tragedias es la que las personas escuchan más con emoción do que con atención, lo que contribuí para desvíos más embarazosos.

Concerniendo particularmente a cuestiones del foro íntimo, los reportajes sobre el dolor deberían estar en el tope de las preocupaciones de las entidades reguladoras de la actividad de los medios informativos, sobretodo porque están directamente relacionadas con la esfera de los derechos inalienables de la persona humana. Los abusos, cometidos por motivaciones económicas o simplemente por deficiencia profesional de los periodistas, se inscriben en el contexto de la regulación de la profesión, pero pueden desencadenar un otro tipo de reflexión más profunda sobre el oficio. Esta conciencia de los peligros del periodismo hay en la verdad despelotado un fenómeno curioso, aparentemente contradictorio de los principios de la actividad: el hecho de que los periodistas también son sujetos de la noticia. El reconocimiento de las fragilidades del periodismo llevó los periodistas a hablar de su actividad como hablan de las otras actividades sociales. Cumpliendo el deseo de que los periodistas sean los guardas vigilantes de los poderes modernos, los medios de comunicación, sobretodo los periódicos, dedican cada vez más atención y espacio a una observación de sus acciones, es decir, de su propio poder. En un discurso metaperiodístico, los periodistas intentan recuperar el periodismo de su crisis de legitimidad. Además, porque un de los riesgos de la emoción en la información es precisamente el agravamiento de la crisis del periodismo. El estudio de la comunicación en situaciones de crisis no puede ignorar la

propia crisis que es la comunicación en la modernidad, sobretodo porque ella misma es un dolor difícil de reportar.

### **Bibliografía:**

BERNIER, Marc-François – *Les Planqués – Le journalisme victime des journalistes* – Québec, VLB Éditeur : 1995

DEBORD, Guy – *La Société du Spectacle* – Paris, Éditions Gallimard : 1992

KERCKHOVE, Derrick – *A Pele da Cultura* – Lisboa, Relógio d'Água: 1997

MCQUAIL, Denis – “*Accountability of Media to Society*” – in *European Journal of Communication* – Vol 12, Number 4, June, 2003, London, SAGE Publications (p. 511-529)

PITCHARD, David (org.) - *Citizens, Ethics, and the Law – Holding the Media Accountable*, Bloomington, Indiana University Press: 2000

*Varias referencias de la prensa portuguesa y española*